

Juan 21:1-14

Sermón Juan 21 Pascua 3 2013

“Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al Mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Dídimo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: —Voy a pescar. Ellos le dijeron: —Vamos nosotros también contigo. Salieron, pues, y entraron en una barca; pero aquella noche no pescaron nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Y les dijo: —Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: —¡No! Él les dijo: —Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: — ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella) y se tiró al mar. Los otros discípulos fueron con la barca, arrastrando la red llena de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. Al descender a tierra, vieron brasas puestas y un pescado encima de ellas, y pan. Jesús les dijo: —Traed de los peces que acabáis de sacar. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. Les dijo Jesús: —Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú, quién eres?», sabiendo que era el Señor. Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.” (Juan 21.1–14)

Nuestro texto de hoy es la tercera aparición de Jesús a sus discípulos, después de su resurrección. Las primeras apariciones tenían el propósito de convencer a los discípulos de la realidad de la resurrección de Jesús. También comenzaban a preparar a sus discípulos para la misión en que los enviaría el Señor. Aquí, Jesús aparece especialmente para preparar a los apóstoles, y sobre todo a Pedro, para su ministerio. Lo que Jesús revela a sus apóstoles también tiene lecciones para nosotros en nuestro ministerio. Jesús quiere preparar también a nosotros para poder servirlo fielmente. Así que nuestro tema esta mañana será: **Jesús nos prepara para servirlo. I. Nos enseña que sin él, nada prosperará. II. Nos enseña que él tiene todo poder para**

proveer grandes resultados. III. Nos asegura de su cuidado providencial mientras lo servimos.

Mientras hemos escuchado de otras apariciones de Jesús en la ciudad de Jerusalén, en la noche de la Pascua y una semana más tarde, aquí encontramos a los apóstoles en Galilea, en donde Jesús había pasado tanto tiempo de su ministerio en su compañía durante su ministerio público. En Mateo 28 las mujeres reciben la instrucción: “Id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán” (Mateo 28.10). Así su presencia en Galilea en este momento está de acuerdo con un mandato que Jesús mismo les había comunicado por medio de terceros.

No había llegado el tiempo todavía para que Jesús les diera el don prometido del Espíritu Santo en la forma en que serían definitivamente capacitados para llevar a cabo su ministerio de ser fieles testigos y mensajeros de Cristo, así que mientras están esperando en Galilea, deciden aprovechar el tiempo haciendo algo útil. “Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Dídimo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: —Voy a pescar. Ellos le dijeron: —Vamos nosotros también contigo”.

No debe sorprendernos que hayan decidido en esta actividad. Para al menos la mayoría de ellos, la pesca había sido su oficio antiguo. Jesús les había llamado para el apostolado mientras estaban pescando, dándoles en una ocasión anterior una pesca milagrosa y luego haciendo la aplicación de que haría de ellos pescadores de hombres.

Pero a pesar de que era su antiguo oficio, y que habían salido en lo que se consideraba el mejor tiempo para pescar, las horas de la noche y el amanecer, no habían pescado absolutamente nada. La verdad es que todo en este mundo depende de la bendición de Dios. “Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si Jehová no guarda la ciudad, en vano vela la guardia. Por demás es que os levantéis de madrugada y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores, pues que a su amado dará Dios el sueño” (Salmo 127:1–2). Y si esto es el caso aun con todos los oficios ordinarios de la vida, cuanto más es el caso con la obra espiritual que Dios nos ha encomendado. Allí tenemos que confesar que no podemos hacer nada, que sólo el Espíritu Santo, con los medios que él mismo ha provisto, tiene que producir todo resultado. Por eso Jesús, antes de anunciar a

los apóstoles que les enviaría para predicar, les exhortó también: “Rogad al Señor de la mies”. Y San Pablo recuerda a los corintios que no depende del hombre, aunque cada uno debe hacer su trabajo fielmente. “Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento” (1 Corintios 3.6–7)

Después de trabajar toda la noche sin resultados, en la luz tenue del amanecer se presentó un hombre en la playa del Mar de Tiberias o Mar de Galilea. Ese hombre, a quien no podían reconocer, les preguntó: “Hijitos, ¿tenéis algo de comer?” Todo lo que pudieron responder fue: “No”. Así Jesús les hizo reconocer y confesar su falta de éxito dependiendo de sus propias fuerzas. En este caso, Jesús usaría esta circunstancia para una fuerte demostración de que es su poder y su bendición que necesitarán también en su trabajo apostólico.

Jesús luego les instruye a echar su red en el lado derecho de la barca, con la promesa: “y hallaréis”. No sabemos lo que llevó a estos hombres a seguir esa instrucción. Fácilmente podrían haber pensado, “¿Quién es él para decir a nosotros qué hacer? Hemos sido pescadores durante años”. Pero no reaccionaron así. Tal vez había una autoridad inusitada en la voz. Tal vez no veían ninguna opción mejor y decidieron hacer la prueba. En todo caso hicieron lo que Jesús les dijo y resultó una gran pesca. “Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces”. ¡En un momento, nada, y ahora una multitud tan grande de peces que no podían levantar la red!

Juan inmediatamente reconoce que este resultado sólo podría ocurrir si el que daba esa instrucción fue el Señor. Él es aquel que es designado en el texto como “aquel discípulo a quien Jesús amaba”. Él entonces dice a Pedro: “¡Es el Señor!”.

Pedro, siempre impetuoso, responde de inmediato. Se pone la ropa exterior, salta al agua, y nada a la orilla para ser el primero en estar con él. “Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella) y se tiró al mar”.

Los otros discípulos siguieron en la barca, arrastrando todavía la red, bajaron y se ponen en la tierra de la playa. Allí ven brasas ya encendidas, con un pescado ya asándose, y también pan. Pero el Señor también invita su participación en proveer la comida. “les dijo: —Traed de los peces que acabáis de sacar”.

Al escuchar esto, Pedro otra vez entra en acción. “Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió”. Pedro solo arrastra hasta la orilla la red. Allí había una multitud de peces grandes. Seguramente algo de eso también se puso sobre el carbón para ser parte del desayuno de esa mañana.

La iglesia siempre está tentada a inventar sus propios métodos y estrategias para producir el crecimiento de la iglesia. No es que programas y estrategias necesariamente sean malos. Pueden ser útiles cuando realmente se ajustan a las directivas de Jesús mismo en su palabra acerca de cómo hacer la obra de la iglesia. Pero siempre debemos recordar que sólo Jesús da el verdadero crecimiento de la iglesia y él ha indicado los medios que usa para producir todo verdadero resultado espiritual en la obra de la iglesia. Sigamos siempre sus directivas de usar fielmente la palabra y los sacramentos.

Pero es Jesús mismo que sirve el pan y el pescado en ese desayuno. “Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado”. Sigue la narrativa con la conversación de Jesús con Pedro, preguntando tres veces si lo ama, y tres veces exhortándolo a alimentar sus ovejas y corderos. Así Pedro es plenamente restaurado a su oficio apostólico después de su triple negación del Señor durante la pasión de Cristo. Él y los demás de los apóstoles tendrán papeles importantes en el cumplimiento del mandato de Jesús de hacer discípulos a todas las naciones. En este texto, vemos que Jesús les ha recordado que aunque sin Jesús, serán impotentes para producir ningún resultado, sin embargo con su fiel ayuda, puede haber grandes resultados también en su oficio de pescadores de hombres. Y el ejemplo de esta ocasión será otro aliento para confiar que en cualquier circunstancia en que se encuentran en el cumplimiento de su misión, pueden estar seguros de que Jesús los cuidará providencialmente.

Mientras seguimos en la misma misión, podemos tener la misma confianza y la misma seguridad. A pesar de nuestra propia debilidad e impotencia, también podemos saber que fielmente compartiendo con otros el evangelio, las buenas nuevas de la salvación que Cristo ha ganado para la humanidad con su sufrimiento, muerte y resurrección, todavía Jesús usando esos esfuerzos proveerá él mismo trofeos de gracia, siempre más almas que se arrepientan de sus pecados y crean en Jesús para el perdón de sus pecados. Llevemos este mensaje a nuestros

parientes, vecinos, colegas, y otros, para que como pescadores de hombres, Jesús pueda usar también a nosotros en reunir en su red una iglesia grande y bendita. Amén.